

RICK RIORDAN  
LAS PRUEBAS DE  
APOLO



LA TORRE DE NERÓN

## **¡El final de la saga más espectacular de Rick Riordan!**

Lester y sus amigos semidioses han superado todas las pruebas, o eso creían. Ahora que el Campamento Júpiter está a salvo, Lester tiene una última aventura por delante... y no será nada fácil salir con vida de ella.

Ha llegado el momento para Apolo y Meg de enfrentarse al último emperador, el peor de todos: el temible Nerón. Para poder volver a su forma divina, Apolo tendrá que destruirlo de una vez por todas.

¿Será capaz de encontrar la forma de acabar con él y salvar el mundo de la destrucción? ¿Conseguirá Lester recuperar el destino de Apolo?

*Para Becky.  
Cada viaje me lleva a casa contigo*

## 1

Una serpiente bicéfala  
me amarga el viaje.  
Y a Meg le atufan las zapatillas

Cuando uno viaja por Washington se imagina que verá unas cuantas serpientes con ropa humana. Aun así, me preocupé cuando una boa constrictor bicéfala subió a bordo de nuestro tren en Union Station.

La criatura se había embutido en un traje de oficina de seda azul, metiendo el cuerpo por las mangas de la chaqueta y las perneras del pantalón para que pareciesen extremidades humanas. Dos cabezas sobresalían del cuello de su camisa como un periscopio doble. Se movía con extraordinaria elegancia para tratarse de algo que básicamente era un enorme animal hecho con globos y se sentó en la otra punta del vagón de cara hacia nosotros.

Los otros pasajeros no le hacían caso. Sin duda la Niebla distorsionaba su percepción y les hacía ver a un viajero más. La serpiente no hacía ningún movimiento amenazante. Ni siquiera nos miraba. Parecía simplemente un monstruo currante que volvía a casa.

Y sin embargo, no podía darlo por sentado...

—No quiero asustarte... —susurré a Meg.

—Chis —dijo ella.

Meg se tomaba la normativa del vagón silencioso muy en serio. Desde que habíamos subido, prácticamente el único ruido que se había oído en el vagón habían sido los siseos de Meg para hacerme callar cada vez que yo decía algo, estornudaba o carraspeaba.

—Pero hay un monstruo —insistí.

Ella alzó la vista de la revista que estaba leyendo y arqueó una ceja por encima de sus gafas con montura de ojos de gato y diamantes de imitación. «¿Dónde?».

Señalé a la criatura con la barbilla. Mientras el tren se alejaba de la estación, su cabeza izquierda miraba distraída por la ventanilla. Su cabeza derecha sacaba su lengua bífida y la metía en una botella de agua sujeta en la espiral que hacía las veces de mano.

—Es una anfisbena —murmuré, y acto seguido añadí para aclarar—: una serpiente con una cabeza en cada punta.

Meg frunció el ceño y se encogió de hombros, un gesto que interpreté como «Parece bastante tranquila». A continuación retomó su lectura.

Reprimí las ganas de discutir. Sobre todo porque no quería que me hiciese callar otra vez.

Comprendía perfectamente que a Meg le apeteciese viajar tranquila. En la última semana, habíamos luchado contra una manada de centauros salvajes en Kansas, nos habíamos enfrentado a un espíritu de la hambruna furioso en el Tenedor más grande del mundo de Springfield, Missouri (no pude hacerme un selfi), y habíamos escapado de un par de drakones azules de Kentucky que nos persiguieron varias veces por el hipódromo Churchill Downs. Después de todo eso, una serpiente bicéfala con traje quizá no era motivo de alarma. Desde luego no nos estaba molestando en ese momento.

Traté de relajarme.

Meg sepultó la cara en su revista, cautivada con un artículo sobre la jardinería urbana. Mi joven compañera había

crecido en los meses que habían transcurrido desde que la conocía, pero seguía siendo lo bastante menuda para apoyar cómodamente sus zapatillas rojas de caña alta en el respaldo de delante. Cómodo para ella, claro, no para mí ni para el resto de los pasajeros. Meg no se había cambiado de calzado desde que habíamos corrido por el hipódromo, y sus zapatillas tenían el aspecto y el olor del trasero de un caballo.

Por lo menos se había cambiado el vestido verde raído por unos vaqueros y una camiseta de manga corta verde con las palabras unicornes imperant! que había comprado en la tienda de regalos del Campamento Júpiter. Ahora que había empezado a crecerle el pelo cortado a lo paje y le había salido un grano rojo en el mentón, ya no parecía una niña de preescolar. Casi aparentaba su edad: una estudiante de sexto de primaria que entraba en el círculo del infierno conocido como pubertad.

Yo no había compartido esa observación con Meg. En primer lugar, tenía mi propio acné del que preocuparme. En segundo, como ama mía, Meg podía mandarme que me tirase por la ventanilla, y me vería obligado a obedecerla.

El tren atravesaba los barrios residenciales de Washington. El sol de media tarde parpadeaba entre los edificios como la lámpara de un viejo proyector cinematográfico. Era un momento del día maravilloso, cuando un dios del sol debería estar terminando la jornada, dirigiéndose a las viejas cuadras a aparcar su carro para luego relajarse en su palacio con una copa de néctar, unas cuantas ninfas devotas y una temporada nueva de *Las verdaderas diosas del Olimpo* con la que darme un atracón.

Pero no para mí. A mí me había tocado un asiento chiriante en un tren y horas por delante para darme un atracón con las zapatillas apestosas de Meg.

En el otro extremo del vagón, la anfisbena seguía sin hacer movimientos amenazantes... a menos que uno consi-

derase beber agua de una botella no retornable un acto de agresión.

¿Por qué, entonces, se me había erizado el vello de la nuca?

No podía controlar la respiración. Me sentía atrapado en mi asiento de ventanilla.

Tal vez solo estaba nervioso por lo que nos aguardaba en Nueva York. Después de seis meses en ese lamentable cuerpo de mortal, me acercaba a mi final.

Meg y yo habíamos cruzado Estados Unidos a trancas y barrancas y habíamos vuelto. Habíamos liberado Oráculos, vencido a legiones de monstruos y sufrido los indecibles horrores de la red de transporte público estadounidense. Y por último, después de muchas tragedias, habíamos derrotado a dos de los malvados emperadores del triunvirato, Cómodo y Calígula, en el Campamento Júpiter.

Pero lo peor todavía estaba por llegar.

Volvíamos adonde habían empezado nuestros problemas: Manhattan, la sede de Nerón Claudio César, el padrastro maltratador de Meg y, para mí, el peor intérprete de lira del mundo. Aunque hubiésemos conseguido vencerlo, un peligro aún mayor acechaba en la sombra: mi enemiga acérrima Pitón, que se había instalado en mi sagrado Oráculo de Delfos como si fuese un Airbnb de ocasión.

Durante los próximos días, o vencía a esos enemigos y volvía a convertirme en el dios Apolo (suponiendo que mi padre Zeus lo permitiese) o moría en el intento. En cualquier caso, mis días como Lester Papadopoulos estaban tocando a su fin.

Tal vez era lógico que me sintiese tan agitado...

Traté de centrarme en la preciosa puesta de sol. Procuré no obsesionarme con mi imposible lista de tareas pendientes ni con la serpiente bicéfala de la fila dieciséis.

Llegué a Filadelfia sin sufrir ningún ataque de nervios. Pero cuando salíamos de la estación de la Calle Trece, me quedaron claras dos cosas: 1) la anfisbena no se bajaba del

tren, cosa que probablemente significaba que no era un monstruo que viajase a diario para ir al trabajo, y 2) mi radar contra peligros emitía una señal más fuerte que nunca.

Me sentía acechado. Experimentaba el mismo hormigueo en la piel que cuando jugaba al escondite con Artemisa y sus cazadoras en el bosque, justo antes de que saltasen de la maleza y me acribillasen a flechas. Era en la época en que mi hermana y yo éramos deidades jóvenes y todavía disfrutábamos de sencillos entretenimientos como ese.

Me arriesgué a mirar a la anfisbena y me pegué tal susto que por poco se me cayeron los vaqueros. La criatura estaba mirándome fijamente, con sus cuatro ojos amarillos sin pestañear y... ¿estaban empezando a brillar? Oh, no, no, no. Unos ojos brillantes nunca son buena señal.

—Tengo que salir —le dije a Meg.

—Chis.

—Quiero echar un vistazo a esa criatura. ¡Le brillan los ojos!

Meg miró a Don Serpiente entornando los ojos.

—No, no le brillan. Es la luz que se refleja. Además, está sentado.

—¡Está sentado sospechosamente!

El pasajero de detrás de nosotros susurró:

—¡Chis!

Meg me miró arqueando las cejas. «Te lo he dicho».

Señalé el pasillo e hice un mohín.

Meg puso los ojos en blanco, se desenredó de la posición de hamaca que había adoptado y me dejó salir.

—No empieces una pelea —me mandó.

Estupendo. Ahora tendría que esperar a que el monstruo atacase antes de poder defenderme.

Me quedé en el pasillo esperando a que me volviese la sangre a las piernas dormidas. Menuda chapuza hizo quien inventó el sistema circulatorio humano.

La anfisbena no se había movido. Todavía tenía los ojos clavados en mí. Parecía estar en una especie de trance. Quizá estaba acumulando energía para un ataque demoleedor. ¿Hacían eso las anfisbenas?

Busqué en mi memoria datos sobre la criatura, pero encontré muy poca información. El escritor romano Plinio dijo que llevar una cría de anfisbena viva alrededor del cuello garantizaba un embarazo seguro. (Un dato no muy útil). Llevar su piel podía hacerte atractivo a ojos de posibles parejas. (Hum. No, tampoco demasiado útil). Sus cabezas podían escupir veneno. ¡Ajá! Debía de ser eso. ¡El monstruo estaba cargándose para regar el vagón de vómito venenoso por las dos bocas!

¿Qué podía hacer...?

A pesar de mis esporádicos arranques de poder y destreza divinos, no podía contar con uno cuando lo necesitaba. La mayoría de las veces seguía siendo un patético chico de diecisiete años.

Podía sacar el arco y el carcaj del compartimento para el equipaje de arriba. Estar armado estaría bien. Por otra parte, eso anunciaría mis intenciones hostiles. Probablemente Meg me regañase por ser un exagerado. (Perdona, Meg, pero esos ojos brillaban, no reflejaban la luz).

Ojalá tuviese un arma más pequeña, como una daga, escondida debajo de la camiseta. ¿Por qué no era el dios de las dagas?

Decidí recorrer tranquilamente el pasillo como si simplemente fuese al servicio. Si la anfisbena atacaba, gritaría. Con suerte, Meg dejaría la revista suficiente tiempo para venir a rescatarme. Por lo menos habría forzado el inevitable enfrentamiento. Si la serpiente no hacía nada, tal vez fuese realmente inofensiva. Entonces iría al servicio porque lo necesitaba de verdad.

Avancé dando traspiés con una sensación de hormigueo en las piernas, cosa que no contribuyó a aparentar despreocupación. Consideré silbar una melodía alegre, pero

me acordé de la obligación de guardar silencio en el vagón.

A cuatro filas del monstruo. El corazón me latía con fuerza. Esos ojos decididamente brillaban y decididamente estaban clavados en mí. El monstruo estaba sentado extrañamente quieto, incluso para un reptil.

A dos filas de distancia. Con la mandíbula temblorosa y la cara sudada, me costaba parecer relajado. El traje de la anfisbena parecía caro y bien confeccionado. Probablemente, al ser una serpiente gigante, no podía llevar ropa comprada en una tienda. Su resplandeciente piel con dibujos de rombos marrones y amarillos no parecía la clase de complemento que uno quisiese ponerse para parecer más atractivo en una aplicación de citas, a menos que uno saliese con boas constrictor.

Cuando la anfisbena actuó, pensé que estaba preparado.

Me equivocaba. La criatura se lanzó a una velocidad increíble y me echó el lazo a la muñeca con la espiral de su falso brazo izquierdo. Me quedé tan sorprendido que ni siquiera pude gritar. Si el monstruo hubiese querido matarme, yo habría muerto.

En cambio, se limitó a apretarme más fuerte y me paró en seco, aferrándose a mí como si se estuviese ahogando.

Entonces habló con un grave siseo doble que resonó en mi médula ósea:

*El hijo de Hades, amigo de los que cuevas  
hienden,  
debe llevar al trono por un sendero arcano.  
De los de Nerón vuestras vidas ahora dependen.*

Con la misma brusquedad con que me había agarrado me soltó. Los músculos de su cuerpo se ondularon de una punta a la otra como si hirviese a fuego lento. Se puso derecha

alargando sus dos cuellos hasta estar casi cara a cara conmigo. El brillo de sus ojos desapareció.

—¿Qué estoy hacien...? —Su cabeza izquierda miró a la derecha—. ¿Cómo...?

La cabeza derecha parecía igual de perpleja. Me miró.

—¿Quién eres...? Un momento, ¿me he saltado la parada de Baltimore? ¡Mi mujer me va a matar!

Yo estaba demasiado impactado para hablar. Los versos que había recitado... Reconocí su métrica. La anfisbena había pronunciado un mensaje profético. Caí en la cuenta de que ese monstruo podía ser un viajero que había sido poseído, secuestrado por los caprichos del destino porque... Claro. Era una serpiente. Desde la antigüedad, las serpientes habían canalizado la sabiduría de la tierra porque tenían moradas subterráneas. Una serpiente gigante sería muy susceptible a las voces oraculares.

No sabía qué hacer. ¿Debía pedirle disculpas por las molestias? ¿Debía darle una propina? Y si no era la amenaza que había hecho saltar mi radar contra peligros, ¿qué era?

Me salvé de una incómoda conversación, y la anfisbena se salvó de morir a manos de su mujer, cuando dos flechas de ballesta volaron a través del vagón y la mataron inmovilizando los cuellos de la pobre serpiente contra la pared del fondo.

Chillé. Varios pasajeros sentados cerca me hicieron callar.

La anfisbena se desintegró en polvo amarillo y no dejó tras de sí más que un traje bien confeccionado.

Levanté despacio las manos y me volví como si me girase en un campo de minas. Casi esperaba que otra flecha de ballesta me atravesase el pecho. Era imposible que lograra evitar el ataque de alguien con tanta precisión. Lo mejor que podía hacer era mostrarme inofensivo. Eso se me daba bien.

En la otra punta del vagón había dos figuras descomunales. Una era un germanus, a juzgar por su barba y su pelo revuelto decorado con cuentas, su armadura de cuero y sus grebas y peto de oro imperial. No lo reconocí, pero últimamente había coincidido con muchos de su calaña. No me cabía duda de para quién trabajaba. Los secuaces de Nerón nos habían encontrado.

Meg todavía estaba sentada y sujetaba sus dos sicas doradas mágicas, pero el germanus tenía el filo de su sable pegado al cuello de mi amiga, instándola a que no se moviese.

Su compañera era la que había disparado la ballesta. Era todavía más alta y corpulenta, y llevaba un uniforme de revisora que no engañaba a nadie; salvo, según parecía, a todos los mortales del tren, que no se molestaron en mirar dos veces a los recién llegados. Bajo su gorra de revisora, la ballestera tenía los lados de la cabeza rasurados, con una brillante melena castaña que le caía por en medio y se enroscaba sobre su hombro en una cuerda trenzada. La camiseta de manga corta que vestía le apretaba tanto contra sus musculosos hombros que pensé que las hombreras y la placa de identificación le iban a salir disparadas. Tenía los brazos llenos de tatuajes circulares entrelazados, y alrededor del cuello llevaba un grueso aro de oro: un torque.

Hacía una eternidad que no veía uno de esos. ¡Esa mujer era una gala! Se me heló el estómago al caer en la cuenta. En los viejos tiempos de la República romana, los galos eran más temidos aun que los germani.

Ya había recargado la ballesta doble y estaba apuntándome a la cabeza. De su cinturón colgaban varias armas más: un gladius, una porra y una daga. Claro, ella tenía una daga.

Sin apartar la vista de mí, agitó la barbilla hacia el hombro, el signo universal para decir «Ven aquí o te disparo».

Calculé mis probabilidades de embestir por el pasillo y placar a nuestros enemigos antes de que nos matasen a

Meg y a mí. Cero. ¿Y mis probabilidades de encogerme de miedo detrás de un asiento mientras Meg se ocupaba de los dos? Un poco más elevadas, pero tampoco muchas.

Avancé por el pasillo con las rodillas temblorosas. Los pasajeros mortales fruncían el ceño conforme pasaba. Por lo que me podía imaginar, mi chillido había supuesto para ellos una molestia indigna del vagón silencioso, y pensaban que la revisora me estaba llamando. El hecho de que la revisora empuñase una ballesta y acabase de matar a un viajero serpentina bicéfalo no parecía haberles afectado.

Llegué a mi fila y miré a Meg, en parte para asegurarme de que estaba bien y en parte porque tenía curiosidad por saber por qué no había atacado. Que alguien sujetase una espada contra el cuello de Meg normalmente no bastaba para desmoralizarla.

La niña miraba horrorizada a la gala.

—¿Luguselva?

La mujer asintió bruscamente con la cabeza, un detalle que me reveló dos cosas terribles: primero, que Meg la conocía. Y segundo, que se llamaba Luguselva. Mientras la gala observaba a Meg, la ferocidad de sus ojos disminuyó varios grados, de «Voy a cargarme a todo el mundo ahora mismo» a «Voy a cargarme a todo el mundo pronto».

—Sí, Retoño —dijo la gala—. Y ahora guarda las armas antes de que Gunther se vea obligado a cortarte la cabeza.

## 2

¿Bolos para cenar?  
Tu colega Lester sería incapaz.  
Tengo que hacer pis. Luego

El germanus que empuñaba la espada quedó encantado.

—¿Cortar cabeza?

Su nombre, GUNTHER, estaba impreso en una chapa de la compañía de trenes que llevaba sobre la armadura: la única concesión que había hecho a ir de incógnito.

—Todavía no. —Luguselva no apartaba la vista de nosotros—. Como podéis ver, a Gunther le encanta decapitar a la gente, así que vamos a portarnos bien. Venga...

—Lu —dijo Meg—. ¿Por qué?

Cuando se trataba de expresar dolor, la voz de Meg era un instrumento afinado. La había oído llorar la muerte de nuestros amigos. La había oído describir el asesinato de su padre. Había oído su rabia contra su padre adoptivo, Nerón, que había matado a su padre y la había trastornado mentalmente a lo largo de años de maltrato emocional.

Pero al dirigirse a Luguselva, la voz de Meg sonó en una clave totalmente distinta. Parecía que su mejor amiga acabase de desmembrar a su muñeca favorita de sopetón y sin motivo. Parecía dolida, confundida, incrédula, como si, en

una vida llena de humillaciones, esa fuese una humillación que nunca hubiese esperado.

Los músculos de la mandíbula de Lu se tensaron. Las venas de sus sienes se hincharon. No sabía si estaba enfadada, si se sentía culpable o si nos estaba mostrando su faceta tierna y entrañable.

—¿Te acuerdas de lo que te enseñé sobre el deber, Retoño?

Meg se tragó un sollozo.

—¿Te acuerdas? —dijo Lu, en un tono más áspero.

—Sí —susurró Meg.

—Pues recoge tus cosas y vamos. —Lu apartó la espada de Gunther del cuello de Meg.

El hombre corpulento masculó: «Grrr», que supuse que en germánico significaba «Nunca me dejan divertirme».

Meg se levantó con cara de perplejidad y abrió el compartimento de arriba. Yo no entendía por qué obedecía tan sumisamente las órdenes de Luguselva. Nos habíamos enfrentado a situaciones más desesperadas. ¿Quién era esa gala?

—¿Ya está? —susurré cuando Meg me pasó la mochila—. ¿Nos rendimos?

—Lester —murmuró Meg—, haz lo que te diga.

Me eché a los hombros la mochila, el arco y el carcaj. Meg se abrochó el cinturón de jardinería alrededor de la cintura. A Lu y a Gunther no parecía preocuparles que ahora yo estuviese armado con flechas y Meg con una gran provisión de semillas de verduras heredadas. Mientras ordenábamos nuestras cosas, los pasajeros mortales nos lanzaban miradas de fastidio, pero nadie nos hizo callar, probablemente porque no querían cabrear a los dos fornidos revisores que nos llevaban fuera.

—Por aquí. —Lu señaló con la ballesta la salida situada detrás de ella—. Los demás están esperando.

«¿Los demás?».